

GLORIA MUNDI

Julio Torri*

Los vuelcos de la fortuna son siempre lastimosos, pero cuando el sujeto es un empleado público, tienen algo de ridículo, sobre todo entre nosotros donde los cargos duran tan poco, y entre quienes la estabilidad de las posiciones burócratas se resienten algún tanto de la marejada política, que todo lo trastorna y derrueca.

Cierta infantilidad de nuestra psicología —signo de razas inteligentes— explica que nos cansemos hartos pronto de las gentes que tenemos delante de los ojos, escritores, gobernantes o artistas. La tabla de nuestros valores intelectuales y de cualquier otro orden, está gobernada por violentas sacudidas que la más veces no tienen otra causa sino la impaciencia de un público aburrido y ávido de todo cambio.

Muchos años hace que trabajaba yo en modesta sección de pomposo departamento. Mi jefe me ordenó cierta vez que arreglara en Industria un negocio de poca monta, pendiente, sin embargo, hacía meses. Con la grata perspectiva de salir a la calle (reléase *The Superannuated Man* de Charles Lamb), dejé gozoso las mangas de lustrina, tomé el sombrero, y ya al partir escuché de nuevo las instrucciones de mi superior inmediato:

—Busque a Medrano, que conoce el asunto y allanará toda dificultad.

Pronto llegué en busca de Medrano al viejo palacio neoclásico donde residía el Ministro de Industria. Pregunto a porteros y conserjes por Medrano, y todos rectifican: —¡Ah, el señor Medrano!— y ponen rostros graves.

—Suba al principal, y hágase anunciar en la segunda puerta de la derecha.

*Doctor en letras por la UNAM y maestro universitario que en 1953 fue distinguido como profesor emérito. Su inquietud le llevó a fundar la editorial *Cultura* así como el Departamento de Bibliotecas de la SEP. Fue jefe del Departamento Editorial de la Universidad y director de la colección "Clásicos" de la SEP. "Gloria Mundi" apareció en *Universidad: mensual de cultura popular*, febrero de 1936, tomo I, núm. 1.

Larga antesala en un salón oscuro con mugrienta alfombra y artesonado Renacimiento. Columnitas de alabastro por los rincones, con polvorientos candelabros de tintinantes almendras. Un largo diván empotrado en la pared ofrece cómodo asiento a una veintena de pretendientes, heroicos en su resignada cesantía. En todas partes la alientan egoístas displicentes con vagas esperanzas proferidas de mala gana, desde umbrales hostiles.

Por aquellos lejanos días, había renunciado a su cargo el ministro, y con él, el subsecretario, el oficial mayor, los directores generales y la mayor parte de los jefes de sección. Así que por algunos días vino a encargarse de los asuntos inaplazables y de mero trámite, un empleado inferior, Medrano, que asentó sus reales en el lujoso despacho del subsecretario. Como ocurrieron entonces algunas fiestas, no se proveyeron desde luego los empleos vacantes, y Medrano continuó, respecto de acuerdos que no cabe diferir, "al frente del Ministerio, encargado de él hasta nueva orden y en virtud de superior resolución", según rezaban las frases protocolarias que se estilan en tales casos.

Tras una hora de espera, el portero me hace pasar a un saloncito donde aguardan aún algunas personas. En esta nueva antesala se hallan individuos a quienes Medrano tiene algún interés en recibir, en tanto que la primera sala está repleta de importunos que se despedirá a la postre con la inhumanidad habitual.

Llega por fin mi turno, y el hosco guardián de la puerta me la franquea, anunciándome en alta voz. Medrano aparece sentado a una gran mesa abru-



mada con papeles, expedientes, libros, planos, pisa-papeles, diccionarios, códigos, un pesado tintero de cristal y unas estatuillas de bronce y ágata de notable mal gusto.

Medrano es corpulento, su voz robusta; viste levita negra y su ademán es imperioso. Fuerte ha de ser la impresión que haga en el tímido ánimo de pedigüños de empleos y pobres diablos.

Como es locuaz y grandilocuo, apenas si me deja enterarlo del propósito de mi visita. A causa de su encumbramiento reciente, le preocupa mucho mostrarse llano y campechano con todos. Además, hay en él ese leve descontento íntimo que trae a veces un cambio favorable de fortuna en ciertas gentes maltratadas de la suerte y limpias de corazón, y que las lleva a ofrecer excusas a los demás, y como a pedirles perdón por su próspera situación presente. Medrano, siguiendo un soliloquio apenas interrumpido por la mutación del interlocutor, se queja del exceso de trabajo, de lo delicado de éste, de sus grandes responsabilidades, etcétera.

—...Como no hay ministro, ni subsecretario, ni oficial mayor, yo los suplo hasta donde me alcanzan las fuerzas. Calcule usted lo pesado de mi labor. Además, todo el mundo quiere empleos; yo no puedo disponer sino de los pocos que hay vacantes; así que quedo mal con cuantos me vienen a ver. Mis amigos salen de aquí pensando que no soy con ellos el mismo de antes. Lo que pasa es que no puedo yo estirar indefinidamente las partidas del presupuesto de egresos. Ojalá no se me nombre en definitiva subsecretario, como se ha venido rumorando por ahí. No lo deseo de ningún modo. Nada más lejos de mí que tal pensamiento. En estas altas situaciones todo es acíbar, amigo mío, créame usted, Yo...

Después vuelve a mi asunto; apunta algo a lápiz en un cartapacio, y me tiende la regordeta mano con cordialidad estudiada y aparatosa. No he salido todavía del despacho, cuando lo atruena la potente voz: —¡Que pase el señor Camacho!

Y mientras Camacho penetra en el augusto recinto, me alejo meditando acerca de los hombres de autoridad y poder. Creo acabar de dejar a uno de ellos, del más puro tipo, por cierto, en su habitual ocupación, el jupiteriano ejercicio de fulminar y anonadar mortales.

* * *

Transcurren unos meses, tres o cuatro, y un día mi jefe me llama de nuevo a su despacho.

—Vuelva —me dice— a buscar a Medrano, pues aún no se despacha aquel negocio.

Ocurro de nuevo en busca de mi héroe. Seguro de hallarle, acudo a las vastas antecámaras que guardan criados galoneados. Nadie conoce ya a Medrano, a pesar de que son los mismos porteros de antes. Tras mucho indagar y trajinar, y repetir las señas, y ayudar a hacer memoria a ujieres y escribientes, alguien me indica que el caballero por quien pregunto acaso trabaja en los sótanos, debajo de la escalera de servicio.

En efecto, allá doy con el pobre hombre, que no conserva de su pasada y efímera grandeza sino el levitón, que sin duda le sirvió para casarse largos años ha. Inclinado sobre vieja máquina de escribir, con el desaliño de la miseria en las ropas, escucha una vez más la historia demasiado corriente del legajo perdido. Al hablar observo en el descuido de su barba, en sus zapatos llenos de polvo, en sus calcetines caídos, en su mal anudada corbata, los lamentables estragos de una mudanza brusca de la suerte. Me despido del pobre sujeto comprendiendo que dada su posición actual, su intervención en nuestro negocio es punto menos que inútil.

Estrecho su manaza con conmiseración sincera. ¡Pobre Medrano, cuánto habrá sufrido desconocido y olvidado de todos! A decir verdad, tenían muy serios motivos para triunfar y tener buen éxito: el imponente volumen de su cuerpo, su voz de barítono, su inane verbosidad... su levitón!